

ALADY

el fin de una época

Por **LUIS GARANDELL**

EN su obra «Un senyor de Barcelona» cuenta José Pla una anécdota del humorista Albert Llanas, que viene aquí muy a propósito. Asistió Llanas, en una ocasión, al entierro de un famoso hombre de teatro. Cuando, de regreso, se encontró en el café con José Plá, éste le preguntó: «¿Qué tal el entierro?». Y contestó el humorista con esa precisión que parece ser virtud catalana: «Ha tenido un lleno».

Tratándose del entierro de un hombre de teatro, el comentario no podía ser más expresivo y, si lo traigo aquí, es porque creo que podría decirse otro tanto en la muerte de Carlos Luis Saldanya Beut, de todos conocido por Alady. La noticia de la desaparición del caricato del bombín y del smoking, difícilmente podía pasar inadvertida. Saltó a la calle en Madrid, en Barcelona y en las ciudades llamadas «de provincias», y asomó, entre Checoslovaquia y el Vietnam, en las primeras páginas de los periódicos. Los cuales, lejos de contentarse con la necrológica de compromiso copiada de un número atrasado, dieron a la noticia despliegue informativo y lujo de fotografías en las españolísticas páginas de hueco. Si no fuera por aquello de que «un golpe de ataúd en tierra es algo perfectamente serio» se podría muy bien decir que el fin de Alady ha constituido un completo éxito de público y crítica. Y no dudo que, de haberlo visto, él, que era tan humilde como jocos, hubiera comentado que ese éxito había sorprendido a la misma empresa.

Alady tenía méritos sobrados para recibir, como único destinatario, el homenaje que se le tributa, pero los sentimientos que hemos visto manifestarse estos días, con motivo de su fallecimiento, tienen una raíz más profunda. No se trata simplemente de echar leña al fuego de la sensibilidad nacional ni tampoco de sacar las cosas de quicio para ocultar una ya aburrida penuria de informaciones importantes. Con el caricato Alady desaparece toda una época. Nacido en 1902, comenzó sus actuaciones en los cafés cantantes de Barcelona hacia 1914, siendo todavía un muchacho, y siguió ocupando, noche tras noche, hasta hace unos pocos

meses, su difícil puesto en la pasarela de los teatros españoles. Durante su vida artística, por tanto, han transcurrido más de cincuenta años de decisiva historia española. De la España de las tortitas en aceite, de las almendras garrapiñadas, de los trenes botijo, de los carabineros y del amor a precios populares se ha pasado a esta otra España de las sopas preparadas, de los electrodomésticos comprados a plazos, de las rebajas en artículos de señora y caballero, de los plásticos y de los sucedáneos del café. Alady ha visto operarse ese cambio y, noche tras noche, le ha dedicado sus ocurrencias y alusio-

nes. Pero durante esta misma época, Alady ha visto también la grandeza y decadencia de un arte en el cual brilló a gran altura. Su muerte física, a los sesenta y seis años, puede considerarse hoy una muerte prematura. Habría podido vivir todavía largos años en la paz de su hogar de hombre bueno («en el buen sentido de la palabra»). Su muerte artística no lo es. Pone, iba a decir, punto final a la larga decadencia de un género que alcanzó su cenit en el período de entreguerras y que se ha venido sosteniendo ortopédicamente hasta nuestros días. Llamado despectivamente «arte infimo» por una burguesía fem-

tida que refa sus gracias, fue, sin embargo, con el progresivo desvanecimiento de las demás artes populares, uno de los pocos canales que le quedaron al pueblo para expresar en público (sin perder la compostura) algunas de sus más íntimas convicciones. Inspirado en las corrientes artísticas europeas del momento, se benefició en Cataluña de una tradición teatral de extraordinario vigor, la de la literatura llamada «xarona» o chabacana, que había tenido cultivadores ilustres como Pitarra y Robreño, y que fue expresión genuina de lo que se llamó la cultura del «home del barri». Alady perteneció desde su infancia a ese mundo de los menestrales, obreros y empleados de la única ciudad de España que por entonces había cubierto las etapas de la industrialización.

Así nos lo cuenta él mismo en sus deliciosas Memorias aparecidas en 1965, que llevan el título, tan antiliterario como lleno de autenticidad, de «Rialles, Llàgrimes i Vedettes» y que reclaman, por su interés histórico, una traducción al castellano. Están escritas con una viveza de estilo que sólo podía tener un hombre acostumbrado a improvisar largos monólogos de cara al público, a inventar las clásicas «morcillas» que variaban de un día a otro y a contestar con gracia y aplomo a las imprecaciones del respetable cuando por sus actos dejaba de serlo.

Nació Carlos Luis Saldanya en Valencia y fue llevado a Barcelona al año de su nacimiento. Su padre era de origen aragonés, aunque valenciano integrado, y su madre, valenciana. Habla de sus padres con un cariño que revela una total ausencia de conflicto generacional. En un opúsculo que publicó en Madrid, con sus chistes y ocurrencias más populares, incluyó la siguiente dedicatoria: «A mi madre, la única persona en el mundo que afirma, seriamente, que soy genial». Recuerda cómo, los domingos, le llevaba al Teatro Español, que entonces se llamaba comúnmente «el teatre dels caucets». De su padre cuenta cosas divertidas. Hombre dicharachero, gran piropoador de las mujeres, debió inspirar buena parte de la gracia que luego puso Alady en

La Yankee de «Ojio, USA», Alady y Conchita Piquer (a su izquierda) actuaron juntos en Madrid en la época gloriosa de las variedades.





El «futbolista» Alady con el «guardia» Paco Martínez Soria en el campo del Barça.

el teatro. Con su vigoroso acento valenciano, el viejo Saldanya les decía a las chicas del barrio: «Xiqueta, m'agraes més que el pa torrat». En una ocasión, muy de madrugada, hizo un «abordaje» por la calle y cuando estuvo a su altura le dijo: «A on vas, xateta, tan de matí?». La sombra con falda se volvió y le dijo: «Primero a llamarle a usted caradura. Luego, a decir la misa a la Iglesia del Borne». «Era un capellà», comenta el escritor Alady como habría podido hacerlo el cómico en la pasarela de un teatro.

Hijo como era de inmigrantes, trabajó desde muy pequeño, y asistió a una escuela muy pobre en la calle que se llamaba «carrer Més Baix de Sant Pere». Estuvo presente en las pedreas de los solares de la Vía Layetana, que tantas descalabraduras produjeron, y recorrió la ciudad de cabo a rabo montado en el parachoques trasero de los tranvías de mulas. Uno de sus primeros empleos fue el de niño de recados de una sombrerería, que cambió luego por el mismo puesto en una casa de bordados. Cuenta en su libro que la dependienta de la tienda de los bordados tenía un novio militar. Cuando se ausentaba la dueña, venía el enamorado

a ver a la chica y se ponían a cantar juntos aquello de

*Luego después
seremos viejecitos;
recordaremos siempre
estos ratitos...*

Estuvo trabajando temporalmente en casa de un forjador, como chico de fuelle y fue a parar después a otra sombrerería que, al parecer, resultó decisiva en su vida. Le echaron de allí a los pocos meses porque le entraba risa al ver a los caballeros probándose el sombrero bombín. Cuando, años más tarde, hubo de elegir su atuendo de escena, recordó las escenas del probador y decidió utilizar el bombín con que se hizo famoso. Alady, «hombre del barrio», ridiculizó con su bombín y su traje de etiqueta al burgués de principios de siglo. Pero no se crea que fuese Alady, como lo fue Charlot en su género, el payaso genial que supo poner el dedo en la llaga de las injusticias sociales. No. Sus intenciones no llegaron nunca a tanto. Mantuvo sus chistes políticos y sus constantes alusiones a las penurias de la vida que le tocó vivir en un plano puramente humorístico, sin pretensiones de gran arte. Y si alguna

vez tuvo la tentación de hacerlo recordó siempre, como cuenta él mismo en sus Memorias, el juguete de palo con que se divertían los chicos en la calle. Se conocía por el nombre de «la clatellada», que podría traducirse por «el cogotazo» y consistía en un muñeco de madera que giraba sobre un eje de hierro que se clavaba en el suelo. Tenía el brazo derecho extendido. Los chavales daban un fuerte golpe en el lado izquierdo del muñeco a fin de hacerlo girar, y se echaban a correr para que la mano derecha no les alcanzara en el pescuezo. El Alady filósofo de las Memorias dice que tuvo siempre presente la imagen de este muñeco giratorio que se vengaba de los golpes con los cogotazos de su mano derecha.

El muchacho que andaba por la ciudad vestido con su trajecito azul y sus alpargatas blancas, que fue mozo de café y repartidor de pan, que se quitaba horas de sueño para escribir versos rimbombantes, estaba decididamente llamado a ser un artista. Un día se encontró en la calle con un pintor que estaba trabajando en su cuadro. «¿Qué es esto?», le preguntó el chaval. «Un cuadro cubista», respondió el otro. «¿De Cuba?», dijo Alady ingenuamente.

Así se hizo amigo del pintor Benigni, el cual le introdujo en su tertulia de bohemios del café El Reflectorium. Saldanya leyó entonces, por recomendación de sus contortullos, los libros de Emilio Carrere. Compuso un poema que, después de describir el ambiente de vicio de los bares malditos, terminaba diciendo:

*¡Y entre esas caras de vicio
[y mal
me siento extraño y me da
[rabia
haber pagado por ver todo
[esto
una peseta con un real!*

Con admirable sentido del humor Alady describe la cara de circunstancias con que sus compañeros acogieron el poema. Alguien le aconsejó que se dedicara al género de las variedades y fuera a ver a El Gordito, un empresario que compraba cuplés pagando por cada uno «una peseta y un huevo frito». Fue El Gordito quien le proporcionó su primera actuación seria, que tuvo lugar en el Café del Comercio. Era la época del apogeo de los cafés cantantes. En alguna parte recuerdo haber leído que «no era bastante para los barceloneses que hubiese un café en cada teatro. Era preciso que hubiera un teatro en cada café». El cartel anunciador del debut de Carlos Saldanya era así:

*Hoy sábado y varietés.
Helados frescos, 15 céntimos.
Café y cognac, 30 céntimos.
Debut del cómico «Alady».
Bocadillos de sardinas,
20 céntimos.*

El Paralelo estaba entonces en el apogeo de su gloria. Broadway barcelonés, lleno de carteles luminosos, era el centro de un barrio «alegre y confiado» en una ciudad azotada por las luchas sociales. El Teatro Arnau, el Pompeia, el Español, el Cómico, el Condal, el Nuevo, el Chicago, el Apolo y también el Bataclan, el Novelty, el Molino, el cabaret del Infierno y el café de La Tranquilidad (centro anarquista contra lo que pudiera parecer) y otros infinitos cafés cantantes, ba-

ALADY



Alady fue el último gran cómico de revista de su generación. Con él desaparece una época.

res y cabarets, abrían sus puertas a un público ávido de atracciones y espectáculos. El Paralelo era el lugar de reunión de los personajes populares del momento: la célebre *Monyos*, el ciego Antonet, el Cayo, novio de la *Monyos*; el señor Saura y, por encima de todos, el *Nol de Tona* que, subiéndose en un banco de la calle, recitaba, con el mismo aplomo con que pueda hacerlo ahora un candidato a procurador en Cortes:

*Ciudadans de Barcelona
votau pel Noi de Tona
perquè surti diputat.*

*Tindreu lo que us mereixeu,
treballareu quatre horettes
[cada día
i encara el que en tingui
[ganes...*

Fue en el Paralelo donde se consolidó la fama de Alady, con el triunfo de lo que en los anuncios y carteles se denominaba «el Vodevil y la Sicalipsis». Pero le esperaban otros triunfos. En 1925 Alady debutó en Madrid actuando junto a artistas de la altura de Ramper, Luis Esteso y el gran Lepe. Al principio sorprendió al público madrileño, que no estaba acostumbrado al estilo que Alady representaba. Entre otros muchos méritos tiene Carlos Saldanya el de haber sido el primero en su género que apareció en un escenario con un traje de etiqueta y sin maquillarse la cara. Los disfraces absurdos y las caras pintarrajeadas habían venido siendo esenciales para despertar la hilaridad del público y la aparición de Alady con el *smoking*, el bombín y los guantes no podía dejar de sorprender. Sin embargo, una vez que el público se acostumbró a su humor, se convirtió Alady en uno de los grandes de la escena. Actuó en el *Romea* y en otros muchos teatros en sucesivos viajes al lado de grandes figuras como Amalia de Isaura, Pastora Imperio, la Bella Chelito, con la que bailaba el *chotis* sobre un ladrillo en el número aquél de «la Chelito y un catalán de cuidao» y también Conchita Piquer, Raquel Meller, Teresa España, Imperio Argentina, la Yankee y Celia Gámez, en «Las Castigadoras». En Madrid, Alady hizo amistad con Jacinto Benavente, Muñoz Seca, Enrique Jardiel Poncela, el maestro Guerrero, Carlos Gardel y Miguel Mihura, quien escribió su obra «Tres sombreros de copa» inspirándose en una tournée que hizo por España con Alady.

Pero, ¿cómo era el humor de Alady? Apenas puedo hablar en este aspecto por mi propio recuerdo. Le vi varias veces, hace ya años, y no se me borra su figura enormemente simpática, cuidadosamente estudiada en largas horas de trabajo. Había creado un tipo

de tonto ingenuo que de pronto daba muestras de un tremendo ingenio. Tenía un aire frívolo, a veces descocado, pero le asomaba a la cara una tremenda decencia de raíz popular que ponía en sus chistes sicalípticos una nota inocente. Era paleta y culto al mismo tiempo, atrevido y tímido, y bajo su aire jocosos se traslucía un fondo de dolor. Era un cómico de calidad y estoy seguro de que el Alady que yo vi no era ya el Alady de la época gloriosa de las *varietés*, cuando se enfrentaba con el público dando muestras de su fabulosa capacidad de improvisación. Encontré no hace mucho unos folletos editados en esa época en los que se publicaban sus chistes y sus versos jocosos. Muchos de ellos quedan anticuados, pues el humor es un arma de corta duración. Otros resisten el paso del tiempo y aun la fría lectura, separada del personaje que los contaba. Hay alusiones políticas y constantes referencias a las estrecheces de la vida. Junto a chistes burdos, como aquel de «Si el amor es ciego, ¿cómo es que le gusta ir al cine? Pues porque es ciego, pero no manco», hay otros que tienen una intención de humor, digamos, abstracto. Contaba el cuento del *mujeriego* que seguía a una bañista y cuando ésta se tiraba al mar él iba detrás y le decía bajo el agua: «Guapaza». Otro día le preguntaban: «Oye, ¿y tú cómo te casaste?». «Como todo el mundo en España, por la Iglesia», contestaba él. «Pero bueno, ¿cómo te enamoraste?». «Pues nada, vi a una rubia en la primera fila de butacas y al terminar el espectáculo la seguí. A

las dos noches de salir juntos nos queríamos como *Romeo y Julieta*, como Daoiz y Velarde». En otra ocasión le decían: «Oiga, habla usted muy bien el francés», y él contestaba en un alarde de finura humorística: «No se lo cuente a nadie. Es que me lo han regalado».

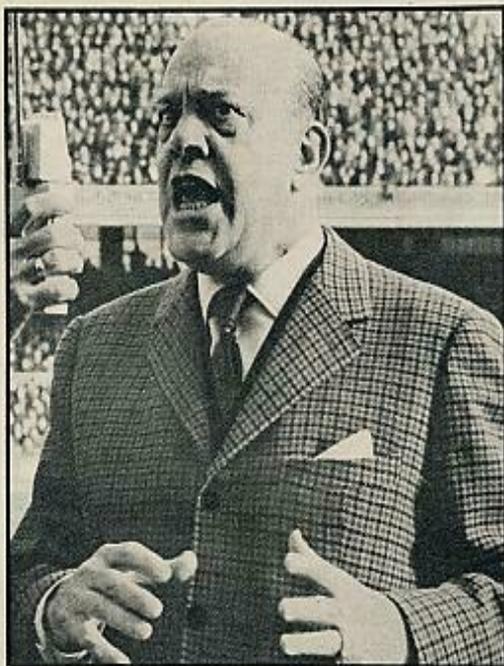
Las Memorias de Alady constituyen un notable caudal de experiencia humana. En su estilo vivo, casi coloquial, va narrando las peripecias de su vida artística, sus éxitos y fracasos, los recursos que su imaginación tenía que poner en juego para enfrentarse con públicos exigentes o zafios. Cuenta los viajes de *bolos* por los pueblos de España donde los mozos, por el mero hecho de haber pagado la entrada, se creían autorizados a insultar a los actores. «¡Esto es muy viejo!». «¡Lo cantaba mi abuela!». «¡Que salgan las rumbistas!». «¡Anda ya, iros a segar!». En una ocasión, estando él en la fonda de un pueblito donde tenía que actuar, llegó un empleado del casino y le dijo al fondista gritando, de modo que Alady pudo oírle: «Dígale usted a ese cómico que *tié cara de burro*, que se afeite y que vaya al *triató*, que le esperan». Describe la corrupción del mundo en que vivió, en aquella época en que la gente que se respetaba, como suele decirse, se sentía poco menos que obligada moralmente a ponerle piso a una *cupletista*. «He conocido —dice Alady— chicas que vendían su arte y otras capaces de venderse el *hígado*». Mientras las niñas alternaban en los palcos del teatro, sus mamás se quedaban abajo comiendo ingentes cantidades de bo-

cadillos y rivalizando unas con otras a propósito de las grandezas de sus hijas. «Pues mi hija hace un *descorche* de mil pesetas. Llegará a estrella». «A mi hija, un señor de Tarrasa le comprará decorado propio cuando sea estrella». Esta costumbre de que las artistas se hicieran acompañar por su mamá se había convertido de tal manera en un tópico que Luis Esteso y su mujer, la Cibeles, se anunciaban humorísticamente:

*Luis Esteso y la Cibeles.
Los mejores padres de familia
[lia del género de variedades.
Unicos artistas que viajan sin
[su madre.*

Las mujeres que peinaban a las artistas solían ser antiguas «*vedettes*» o chicas del conjunto de más o menos categoría, y andaban enseñándole a todo el mundo las viejas fotografías de sus épocas gloriosas. Habla también Alady de los castigadores, que eran caballeros muy bien vestidos que acudían todas las noches a ver el espectáculo a fin de contemplar a su adorada. En una ocasión, Alady habló con uno de ellos, ya anciano, quien le dijo que estaba «castigando» a la primera *vedette*. Alady le preguntó si ella se había dado cuenta y el otro dijo: «No. Ella no debe darse cuenta». «Tenga —dijo Alady dándole un puro que llevaba en el bolsillo superior de la chaqueta—, espectadores como usted es lo que hace falta».

Y así, de Barcelona a Madrid y de Madrid a Barcelona, de las ciudades a los pueblos, y también del teatro al *music-hall* y luego al cine, a la radio, al circo y vuelta al teatro, transcurrió la vida de este payaso distinguido. Nuestra generación conoció de él no mucho más que el eco ya un poco lejano de su gloria. En el tiempo en que nosotros pudimos apreciar sus méritos, el género que él representaba estaba ya condenado a muerte. Rey del *Vodevil* y la *Sicalipsis*, no tenía grandes novedades que ofrecer a una generación como la nuestra. Una generación que, en el ambiente de una España que vivía en menguadas condiciones económicas, pero que estaba absurdamente satisfecha de sí misma, se propuso desempeñar (como él, habría podido decir) una función radicalmente opuesta a la del *bicarbonato*, a saber, la de boicotear las digestiones de *masa* demasiado tranquilas. Ahora, a su muerte, no nos toca a nosotros emitir juicios de valor sobre su obra, sino sólo anotar su paso y esa calidad humana de su vida de cómico. El último y más cualificado de una época ya pasada. ■ L. C. Fotos: CIFRA y ARCHIVO.



Una de las últimas fotografías de Carlos Saldanya.